

contienda, evolucionan hasta aparecer hoy en posiciones liberales en franca oposición a las que defendieron durante la guerra—y Pedro Lain Entralgo constituye una excelente demostración—, no parece que ni uno solo de los cincuenta y siete republicanos cambiase de manera de pensar una vez terminadas las hostilidades, pese a que muchos de ellos sufrieron interminables años de presidio o destierro, y no pocos perecieron víctimas de las privaciones y penalidades.

Antes, y por encima de todas estas curiosidades, el libro de Fernando Díaz-Plaja tiene para mí un mérito sobresaliente: el de mostrarnos el horror a que conducen las guerras y muy especialmente las civiles, compendio y suma de todas las iniquidades imaginables. Aunque el hombre sea el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, abriguemos la esperanza de que los españoles no volvamos a caer, por quinta y definitiva vez, en tan espantable abismo. ■ **EDUARDO DE GUZMAN.**

EL LEGADO DEL SIGLO XIX EN LA HISTORIA DE LAS IDEAS

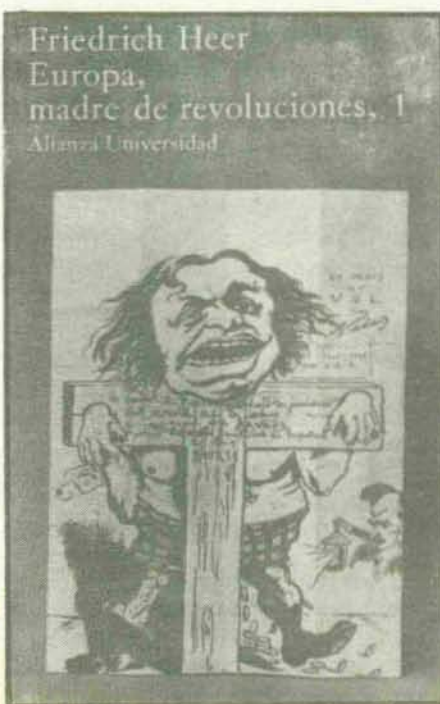
DESDE hace algunas décadas, la presencia de una «historia de las ideas», comenzó a desarrollar una corriente historiográfica que lleva implícita interrogaciones y dilemas de notoria suscitación europea. Esta corriente no es atributaria de temas de carácter exclusivo; muchos de los puntos que atraen su atención también han interesado, y siguen haciéndolo, sin duda, a la historiografía más tradicional. Pero toda dirección emprendida como vía especializada por un enfoque histórico termina por subrayar los escollos que encuentra en su camino, y aquello que de intromisivo y deformante tienen éstos para la buena marcha de las investigaciones. Importa, además, señalar que en cierta forma esta disciplina no ha alcanzado aún reconocimiento oficial, y suele verse surcada por senderos que provienen

de la historia de las formas literarias, o la historia de las sociedades, sin olvidar el núcleo tan henchido de significación que es el pensamiento político.

Un haz de principios renovadores, que con frecuencia son el desarrollo y la explanación de aquellos surgidos en las primeras corrientes doctrinarias de los tiempos modernos, cobraron forma en la filosofía política del siglo XVIII y resultaron expresamente difundidos, con el ímpetu de lo nuevo y combativo, en ese manifiesto de la razón que fue la Enciclopedia. Desde allí, desde esa plataforma doctrinaria que fue el primado de la razón, se impuso una idea del hombre que pudo cobrar forma definitiva y que tendría la virtud de provocar la alarma de los sectores más conservadores, así como de muchos de aquellos que había propagado con entusiasmo los nuevos principios y advirtieron de pronto la magnitud de las innovaciones que los mismos impulsaban.

Así, desde ese cambio operado por los sectores ilustrados, hace su entrada en el siglo XIX un núcleo de ideas que abre un ciclo de mutaciones históricas extendido hasta nuestros días. El libro de Friedrich Heer (1), que en señalable esufoerzo editorial, y con excelente traducción de Manuel Troyano de los Ríos acaba de dar a conocer Alianza Universidad, apunta, justamente, a proporcionarnos una completísima y profunda visión del mundo de ideas

(1) Friedrich Heer, **Europa, madre de revoluciones** (2 vols.), Madrid, Alianza Universidad, 1980.



que se agita y desarrolla durante el siglo diecinueve.

Aunque en rigor no puede concebirse la revolución francesa sino como un resultado del siglo XVIII, cierto es que ensaya poner en práctica las ideas maduras en la Ilustración, y surgen de ella, a la vez, algunas líneas que se insertan en la compleja trama del siglo XIX. Pero no debe olvidarse que comparte su sitio con otra revolución cuya trascendencia no ha sido menos significativa para el futuro, como aquella denominada revolución industrial, iniciada en el último tercio del siglo XVIII, y cuya marcha es paralela al ciclo político de las revoluciones. Revolución política entonces, y revolución técnica y económica, son dos de las manifestaciones más visibles de esa transformación que abre el siglo decimonónico.

Sin embargo, uno de los síntomas más intensos del extraordinario cambio que se estaba produciendo en la esfera del pensamiento y la sensibilidad, fue el movimiento romántico, por lo que llevaba de implícito rechazo de la exageración de unos principios proyectados a sus últimas consecuencias por el mundo de la ilustración. Este romanticismo supone una reacción, y como toda reacción adquiere tonos conservadores en su primera fase. Exaltación del cristianismo, adhesión al nacionalismo sublimado, idealización de una Edad Media aún poco redescubierta por cierto, son las primeras posturas del romanticismo. Pero, en definitiva, la revolución romántica no se resigna tampoco a rechazar totalmente el legado de 1789, e intenta refundir ambos: tradición y revolución. La segunda generación de románticos ya es liberal; y de ella saldrán los hombres que propagan con fervor los ideales del socialismo utópico, una instancia histórica de dramáticos antagonismo, abre entonces la primera mitad del siglo. Anota Heer: «Estos dramas mueven a fijar la atención sobre la estrecha relación dialéctica en la que se encuentran recíprocamente los adversarios y los principios, los movimientos de avance y de retroceso en nuestro siglo XIX: romanticismo y revolución, revolución y contrarrevolución, revolución y reacción, "derecha" e "izquierda", progreso y regresión, modernidad y barbarie, se confunden frecuentemente en el espíritu de un mismo individuo».

Este es, precisamente, uno de los grandes problemas señalados en las discusiones internacionales entre historiadores en los últimos tiempos:

eludir el peligro de los esquematismos, atento a la enorme complejidad de la vida mental. Cada individuo recibe en su conciencia la interferencia de ideologías diversas, a lo que debe sumarse el peso que tiene toda cultura tradicional. Luego no alcanza el mero método sociológico, frecuentemente aplicado en la elección de criterios valorativos de las mentalidades dominantes. Huir de la simplificación fácil, o de la pereza mental, es una obligación del historiador en el nivel actual de los conocimientos históricos; y este es, justamente, uno de los valores del libro de Friedrich Heer. Las diversas corrientes que interfieren en el complejo mundo de las ideas, en la formación de la conciencia histórica de una época determinada, están ampliamente estudiadas. Desde la ordenación plena de una conciencia burguesa hasta la formación de la conciencia revolucionaria, la rica gama de tendencias que aparecen en cada sector, enriquecen el mundo histórico que recorreremos de mano del autor. El lector recorre el siglo XIX transitando por un paisaje de ideas que se bifurcan, como senderos, hasta llegar a la fecha clave de 1914. Es la época del «gran salto», el período que proporcionará las pautas definitivas para, junto al legado del siglo XIX, interpretar el siglo XX. Porque, para poder comprender el siglo actual, es preciso haber profundizado en el anterior. Heer cierra su obra recordando dos cosas. La primera, que sabemos todavía muy poco de ese extenso período durante el cual se produce la incubación de una nueva época; la segunda es la profesión de fe —que transcribe— de esa mujer excepcional que se llamó Marya Soldowska-Curie: «No terminará el siglo XX sin que la sociedad humana haya abolido como institución legal el más grande de los azotes: la guerra». Tales eran sus palabras en 1899; los acontecimientos inmediatos parecieron dar un mentís a esas esperanzas; sin embargo, todo ser racional debe aferrarse aún a esa profesión de fe como una perspectiva cierta de futuro.

Como en el texto se afirma, se trata de un libro de imprescindible lectura para una mejor comprensión de un complejo mundo de ideas que se prolonga hasta nuestros días, y que ya ha logrado acceder a un lugar destacado en la bibliografía especializada por una mezcla singular de erudición torrencial y vitalidad, alcanzada, esta última, por la fluidez de la exposición. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

«La Guerra Carlista»

VALLE-INCLAN Y EL CARLISMO

En su colección Clásicos Castellanos, la Editorial Espasa Calpe ha realizado una nueva edición de la trilogía «La Guerra Carlista», de Valle Inclán, en la que se incluyen las novelas «Los cruzados de la Causa», «El resplandor de la hoguera» y «Jerifaltes de antaño», con una extensa y magnífica Introducción de María José Alonso Seoane, que pone de relieve la ideología del célebre autor gallego a través de un profundo estudio de la obra que nos ocupa.

Alonso Seoane ratifica de una manera clara que Valle Inclán nunca dejó de ser carlista. En 1910, ya escrita y publicada su famosa trilogía de la tercera guerra, se reúne en Buenos Aires con un grupo de carlistas desterrados, que le tributan un homenaje. Valle Inclán les diría que «el único brazo que tengo lo dedico a manejar la pluma en defensa de mis ideas y, si es necesario, ese brazo lo pondré a disposición de la Causa para manejar otras armas si el caso llega». Ese mismo año, el escritor gallego se había presentado, sin éxito, a diputado por Monforte de Lemos en las elecciones generales, dentro de la candidatura carlista.

Valle Inclán no conoció personalmente a Carlos VII, pero antes de su muerte había proyectado trasladarse a Venecia para ofrecer su obra al rey carlista. El fallecimiento de don Carlos truncó su deseo, pero rápidamente se adhirió a su sucesor, don Jaime de Borbón, con el que le llegarían a unir afinidades ideológicas y políticas importantes. Mientras Vázquez de Mella y otros políticos derechistas apoyaron en la guerra mundial de 1914 al bando germanófilo, Valle se puso al lado de don Jaime proclamando públicamente su apoyo a los aliados, junto a otros carlistas destacados, como Valbuena, Marichalar, Melchor Ferrer y Lasuén.

Frente a críticos literarios que dudan de la coherente adhesión carlista de Valle Inclán, María José Alonso Seoane nos señala que el carlismo siempre estuvo presente durante toda su vida: visita a doña Berta de Rohán, viuda de Carlos VII, en 1929; los retratos de don Carlos y de don Jaime están en la consola de su habitación; y en 1931 acepta la Cruz de la Legitimidad Proscripta que le otorga el rey carlista, condecoración que luce ostensiblemente en plena República, para que no quedara duda alguna de su adscripción política, cuando un grupo de republicanos le ofrecen un banquete en su honor.

La autora de la Introducción, después de tener en cuenta una serie de consideraciones, que las enmarca en el contexto literario e histórico español de la época, concluye que «Se puede contestar afirmativamente al carlismo de Valle Inclán. Desde luego que fue carlista, en distinto grado de fervor o adhesión según sus distintas circunstancias, unas personales y otras externas, por razón de la evolución interna del partido o simplemente por la situación mundial».

La época en que escribió la trilogía «La Guerra Carlista» puede asegurarse que es de un carlismo pleno, donde glorifica la Causa de la Legitimidad, y lo hace con su entusiasmo y con lo mejor de sus cualidades de escritor en ese período de su vida.

Toda su obra posterior justifica ese carlismo literario, militante y popular, pero de un modo distinto: poniendo de manifiesto todo su desprecio y repulsa hacia el bando contrario, la España isabelina, primero, y la alfoncina más tarde. No hubo entre los escritores de la llamada «generación del 98» otro autor, excepto Valle Inclán, que atacara de una manera tan frontal, violenta y directa a la sociedad española de la Restauración. Su

